





Enrique VIII





Enrique VIII

Henri Suhamy



Suhamy, Henri

Enrique VIII. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. :
El Ateneo, 2015.
384 p. ; 23x15 cm.

Traducido por: Jorge Salvetti
ISBN 978-950-02-0857-4

1. Enrique VIII. Biografía. I. Jorge Salvetti, trad.
CDD 921

Enrique VIII

Henri Suhamy

Título original: *Henri VIII*

© Éditions du Rocher, 1998

Traductor: Jorge Salvetti

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: febrero de 2004

2ª edición: junio de 2015

ISBN 978-950-02-0857-4

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en junio de 2015.

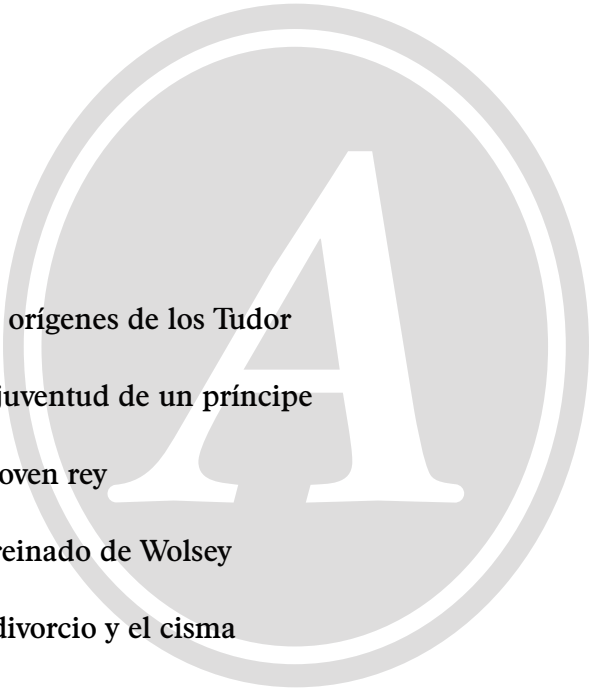
Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Para Josyane





ÍNDICE



<i>Prefacio</i>	II
1. Los orígenes de los Tudor	17
2. La juventud de un príncipe	45
3. El joven rey	77
4. El reinado de Wolsey	111
5. El divorcio y el cisma	149
6. El período de las grandes conmociones	211
7. El eterno volver a empezar	265
8. Fin del reinado	305
9. La dinastía de los Tudor: continuación y fin	347



PREFACIO

Una obra histórica se impone como misión establecer la verdad, o al menos intentar establecerla con honestidad, restablecerla, incluso, cuando el objeto de su investigación ha sido previamente deformado por leyendas y caricaturas. El rey Enrique VIII de Inglaterra es conocido por todos en su dimensión casi fabulosa, pero aunque el público conserva en la memoria algunas imágenes y anécdotas pintorescas sobre su persona, no cree totalmente en ellas. Sospecha que con el correr del tiempo el rumor popular y el literario han adornado y agrandado muchos detalles, de modo que al abrir un libro sobriamente titulado *Enrique VIII*, que se presenta como un recorrido estrictamente histórico, dado que el autor se ha prohibido todo desarrollo novelesco, el lector espera encontrar en él rectificaciones y advertencias, un relato objetivo de los hechos, cuyo único resultado será el de empequeñecer, humanizar y rebajar a un nivel casi común a un monarca y una época a menudo representados como una acumulación de enormidades.

Aunque el autor no ha buscado cultivar lo sensacional o lo monstruoso, debe reconocer que, al ir al encuentro de Enrique VIII y de su tiempo, es inevitable el enfrentamiento con acciones y actores más sorprendentes de lo esperado. Los aconteci-

mientos, los personajes, las escenas, parecen haber sido inventados por un equipo de guionistas dotados de una imaginación fértil y desenfadada, de no ser porque la desmesura misma de ciertos comportamientos garantiza su autenticidad, en virtud del adagio que dice que la realidad supera a veces a la ficción. Frente a datos poco creíbles y sin embargo ciertos, el narrador experimenta, por momentos, un estado de confusión. Se siente sometido a dos tentaciones opuestas. La primera consiste en acentuar de una manera llamativa los colores, los desórdenes, las barbaries, de una época en que lo grotesco se mezcla con lo trágico, con el fin de procurar al lector el doble placer del drama y del extrañamiento. La segunda consiste en traducir todo al lenguaje convencional de la politología, con la ayuda del vocabulario diplomático, jurídico, estratégico, económico, como si la historia simplemente siguiese un camino trazado por la rutina, como si la única tarea del historiador fuese recurrir permanentemente a los mismos esquemas descriptivos para dar cuenta de todo lo ocurrido en cualquier país y en cualquier época. Naturalmente, para explicar hay que esforzarse por comprender, y para comprender, utilizar la experiencia común que tenemos de la historia y de la política, al igual que los conceptos apropiados. También es conveniente no perder la facultad de asombrarse y conmoverse. La Inglaterra del Renacimiento parece cercana a nosotros, si consideramos que lo que se desarrolló allí ilustra algunas de las tendencias eternas, tanto de la naturaleza humana como de la naturaleza política. Además, algunas de las innovaciones introducidas por el segundo de los Tudor, para no hablar de los bellísimos edificios que mandó construir, dejan aún su marca en la Gran Bretaña de hoy, cuatro siglos y medio después de su muerte. Sin embargo, el relato de su vida constituye un viaje a un pasado lejano y exótico, donde todo parece irracional y desmesurado. Y, no obstante, la distancia que nos separa de ese mundo arcaico se atraviesa con facilidad. Lo que hay de irracional en esa civilización del Renaci-

miento, que busca confusamente afirmarse como un renacimiento de la civilización, es quizá lo que más se asemeja a la época en que vivimos.





Los orígenes de los Tudor

Los pueblos que vivían antaño bajo el régimen de la monarquía hereditaria y omnipotente no ponían en duda la legitimidad de esta forma de gobierno. Les parecía inherente a la naturaleza de las cosas, a la vez que santificada por la voluntad divina. Además de la fuerza de la costumbre y del prestigio real que extiende su resplandor hasta abarcar al más humilde de sus servidores, el régimen monárquico tiene también, según Pascal, el mérito de la simplicidad, de la evidencia: su razón de ser proviene de la sinrazón humana, gracias a una suerte de dialéctica providencial.

Las cosas del mundo más irrazonables se vuelven las más razonables a causa del desequilibrio de los hombres. ¿Qué es menos razonable que elegir, para gobernar un Estado, al primogénito de una reina? Uno no elige para gobernar una embarcación a aquel de entre los viajeros que provenga de la mejor casa.

Esta ley sería ridícula e injusta; pero puesto que ellos lo son y lo serán siempre, se vuelve razonable y justa, pues ¿a quién se elegirá, al más virtuoso y más hábil? Henos aquí de inmediato en lucha, pues cada uno pretende ser el más virtuoso y más hábil. Atribuyamos, pues, esta cualidad a algo incuestionable. Es el hijo mayor del

rey; eso es claro. No hay disputa. La razón no puede hacer nada mejor, pues la guerra civil es el más grande de los males.

(*Pensamientos*, Brunschvicg 320)¹

En la realidad, en particular la británica, las situaciones no son siempre tan simples. El principio monárquico no tiene el poder de impedir siempre la guerra civil, y, a veces, puede llegar a provocar la guerra extranjera. La filiación hereditaria, en armonía con el derecho de primogenitura y con la primacía conferida a los descendientes masculinos, no constituye en todos los lugares y todas las épocas su corolario inevitable. La noción misma de legitimidad implica su contrario, la usurpación, y en la mentalidad de la gente, en particular de aquella que pertenece a la categoría a veces proliferante de pretendientes a una corona, la posesión *de facto* de la así llamada corona no comporta un derecho natural e indiscutible.

Eduardo III, que reinó en Inglaterra de 1327 a 1377, era el primogénito de una reina. Pero esta reina, Isabel, era también una princesa francesa, hija de Felipe el Hermoso. Tras haber reinado sucesivamente los tres hijos de éste, y muerto sin descendientes, el rey de Inglaterra reivindicó su herencia francesa, en oposición a la rama de los Valois, lo que provocó la Guerra de los Cien Años. De regreso en su isla, una vez consumada su derrota en el continente, los descendientes de Eduardo III, que formaban una familia de ramificaciones numerosas y enmarañadas, se disputaron el trono de los Plantagenet. Ésa fue la Guerra de las Dos Rosas que duró desde 1454 hasta 1471; pero hubo prolongaciones y algunos historiadores la extienden hasta 1485, o incluso hasta finales del siglo.

La Guerra de las Dos Rosas

Todo había comenzado en 1399, cuando Ricardo II, hijo del Príncipe Negro, Eduardo, y nieto de Eduardo III, fue depuesto

tras una revuelta dirigida por su primo Enrique de Lancaster, y obligado a abdicar a favor de éste. Enrique IV, el nuevo rey, hijo de Juan de Gante, duque de Lancaster, reinó hasta su muerte en 1413. Gracias a su hijo Enrique V, vencedor en Azincourt en 1415, y beneficiario en 1420 del Tratado de Troyes, que hizo de él el heredero del reino de Francia, la dinastía de Lancaster parece entonces sólidamente instalada a ambas orillas del Canal de la Mancha, pero la muerte prematura de Enrique V en 1422, a quien sucede su hijo Enrique VI, de apenas unos meses de vida, las disensiones de la familia real, el despertar patriótico de los franceses, el vuelco de la situación militar y dinástica, la debilidad de carácter del rey, quien, llegado a la edad adulta, continúa comportándose como un niño, la impericia gubernamental, en especial en materia administrativa y financiera, hacen que Inglaterra no sólo pierda sus conquistas francesas sino también su cita con el Renacimiento y la época moderna. Los ingleses se hallan expuestos a una guerra feudal, como en el siglo XII, antes de la llegada de Enrique II, el primero de los Plantagenet.

La rama de los York, que descendía en parte de Lionel, segundo hijo de Eduardo III, negó, más de cincuenta años después de su llegada al trono, el derecho dinástico de los Lancaster, que descendían de Juan, tercer hijo de ese monarca muy prolífico. En razón del derecho de primogenitura, el segundo, incluso retrospectivamente, tenía precedencia sobre el tercero. Este *casus belli* con efecto retardado desencadenó la Guerra de las Dos Rosas, que en su fase frenética duró diecisiete años y luego fue seguida por peripecias imprevistas. Los York y sus partidarios enarbolaban una rosa blanca; los Lancaster, una rosa roja. Las dos facciones se enfrentaron con ferocidad. Los jefes guerreros reclutaban a sus combatientes entre la clientela, dentro de sus dominios. Por otro lado, era lo que siempre habían hecho, según el sistema feudal de movilización, pero en lugar de poner sus tropas al servicio del rey y de un gran designio nacional de defensa o de conquista, se batían más por una familia que

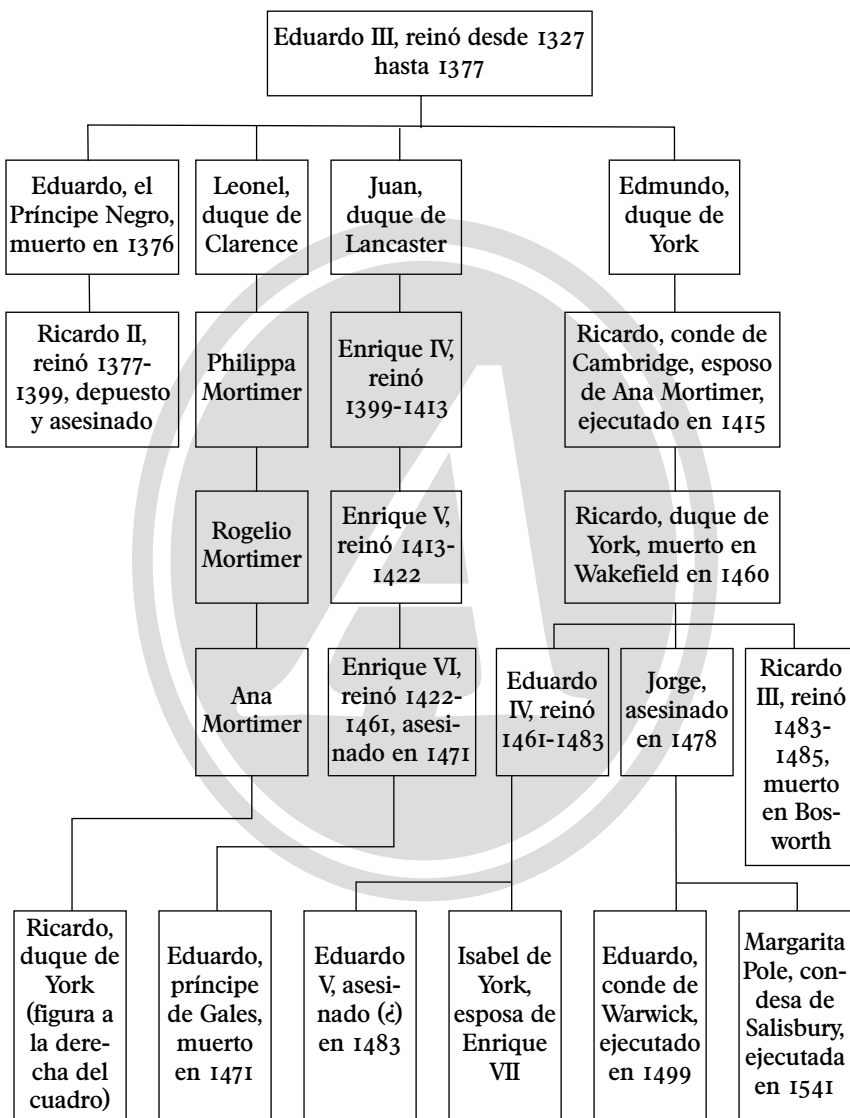
por una patria, animados por una lealtad a veces versátil y por el cuidado de su interés señorial.

Queda una parte de idealismo, de devoción caballeresca por una causa que se juzga buena y un monarca o un pretendiente considerado como el titular elegido por la Providencia. Si, como dice Pascal, la guerra civil es el más grande de los males, a veces se funda en una cierta idea de la legitimidad, lo que provoca una consecuencia mortífera. Como las dos facciones se acusan mutuamente de estar compuestas por traidores y rebeldes, los vencidos que no perecen armas en mano, difícilmente escapan, una vez capturados, a la ejecución por deslealtad, sobre todo si son de rango elevado. Además, los descendientes de Eduardo III, cada vez menos numerosos, despiertan toda la creciente sospecha de aspirar a la corona. Al final de la Guerra de las Dos Rosas, no quedaban muchos sobrevivientes de la familia real, sobre todo del sexo masculino.

Las mujeres, en efecto, escapan a la matanza. A pesar de las verdaderas atrocidades y la anarquía que reinó durante todo este período, la población civil, al menos la que quedó al abrigo de la conscripción local y forzada, no tuvo que sufrir demasiado los saqueos habituales de las guerras. Hubo pocos pillajes, destrucciones, brutalidades soldadescas, represalias colectivas, de modo que los habitantes de las ciudades y de los campos consideraban estos enfrentamientos con una mezcla de horror e indiferencia. Las modalidades mismas de la guerra tenían algo de arcaico. No había artillería pesada, pocos sitios y largas campañas. Ejércitos pequeños pero resueltos, rápidos en sus movimientos, se perseguían, se esquivaban o se enfrentaban en un verdadero campo de batalla, según convenciones seculares. Del resultado dependía el mantenimiento o la evicción provisoria de la dinastía reinante.

El pretendiente Ricardo de York fue muerto en la batalla de Wakefield en 1460. Sus hijos continuaron el combate y en 1461, el mayor de los York se hizo coronar en Londres bajo el nombre de Eduardo IV. El ejército de los Lancaster, conducido por la

Genealogía de la guerra de las Dos Rosas



• Ricardo, duque de York, disputaba la corona apoyándose en la filiación maternal: su madre, Ana Mortimer, descendía del segundo hijo de Eduardo III, y el monarca reinante, Enrique VI, descendía del tercer hijo, el duque de Lancaster. La rosa blanca representaba a los York, la rosa roja a los Lancaster.

reina Margarita de Anjou, ocupaba todavía una parte del territorio. Gracias a unos vuelcos espectaculares de alianzas, logró reinstalar a Enrique VI en el trono en 1471. Restauración de corta duración. El desgraciado hijo de Enrique V y Catalina de Valois fue depuesto una vez más, luego asesinado, al igual que su único hijo Eduardo, príncipe de Gales. Eduardo IV volvió a ser rey de Inglaterra y no quedaba, al parecer, ni un solo pretendiente de los Lancaster con vida. La nueva dinastía se creía tranquilamente segura de su porvenir, en especial dado que los esposos reales, Eduardo y su mujer, Isabel Woodville, tuvieron varios hijos, entre ellos dos varones.

La Casa de York al poder

No habían contado con la perversidad fatal de las ambiciones que Shakespeare ilustró un siglo más tarde en una saga dramática en ocho episodios. Una vez en el poder, los York se hicieron trizas entre ellos. En 1478, Eduardo IV hizo arrestar y luego asesinar a su hermano Jorge, duque de Clarence, acusado, no sin motivo, de conspirar contra él. Una leyenda terrorífica cuenta que el príncipe fue ahogado en un tonel de vino de malvasía. En 1483, el rey muere de manera súbita. Su hijo mayor, de catorce años, lo sucede con el nombre de Eduardo V. Es un rey sin corona y sin reina. El último y único sobreviviente de los hijos del duque de York, Ricardo, duque de Gloucester, proclamado regente por el Consejo, se apodera del poder y de la realeza. Hace encerrar a Eduardo V y a su joven hermano Ricardo en la Torre de Londres, supuestamente para protegerlos. ¿No tiene acaso oficialmente el título de Protector? Pero comienza por acusar a sus dos sobrinos de bastardía, recordando que su hermano desposó a Isabel Woodville en un momento en que estaba casado con la hermana de Luis XI. Secundado por sus fieles propagandistas y entre los cuales se encontraban miembros del clero, supuesta-

mente expertos en derecho matrimonial, el regente hizo así descender, retrospectivamente, a la reina madre de reina a concubina del difunto. Ricardo de Gloucester era considerado el hombre fuerte de la familia de York, temible pero no despojado de competencia militar y política. En un tiempo en que se consideraba que la autoridad brutal de un jefe guerrero convertido en rey valía más que la falta total de autoridad, la usurpación del que pronto fue coronado rey bajo el nombre de Ricardo III, y que en verdad no se asemejaba ni física ni psicológicamente al monstruo inmortalizado por Shakespeare, fue aceptada con resignación e incluso con benevolencia por parte de la población, en especial en Londres, donde se temía el desorden que pudiese provocar la presencia de un rey niño.

El estado de gracia no duró mucho tiempo para Ricardo III. Pronto comenzaron a circular lúgubres rumores sobre la suerte de los dos niños prisioneros de la Torre, rumores que acusaban al rey de haberlos hecho desaparecer, eventualidad a la vez posible y escandalosa. Aún hoy el misterio del rey Eduardo V y de su hermano Ricardo sigue siendo tan enigmático como el de Luis XVII. Ciertos historiadores, como Paul Murray Kendall, autor en 1955 de un libro sobre Ricardo III que causó cierto revuelo, intentaron rehabilitar a quien la tradición presenta como un tirano loco y deforme. Como es necesario explicar la desaparición de los dos príncipes, las sospechas recaen entonces sobre el sucesor de Ricardo III, es decir Enrique Tudor o sea Enrique VII, en virtud de la presunción que determina que aquel que se beneficia del crimen sea su autor. Después del tío, el cuñado, porque Enrique VII fue el esposo de Isabel de York, hermana de los desaparecidos.

Esta tesis parece poco creíble. Si los dos príncipes vivían aún bajo su reinado, ¿por qué Ricardo III no los mostró, al menos para tranquilizar a aquellos partidarios que se sentían culpables de complicidad y cuya lealtad comenzaba a vacilar? Kendall, por su parte, ha retomado un argumento rebuscado, según el cual

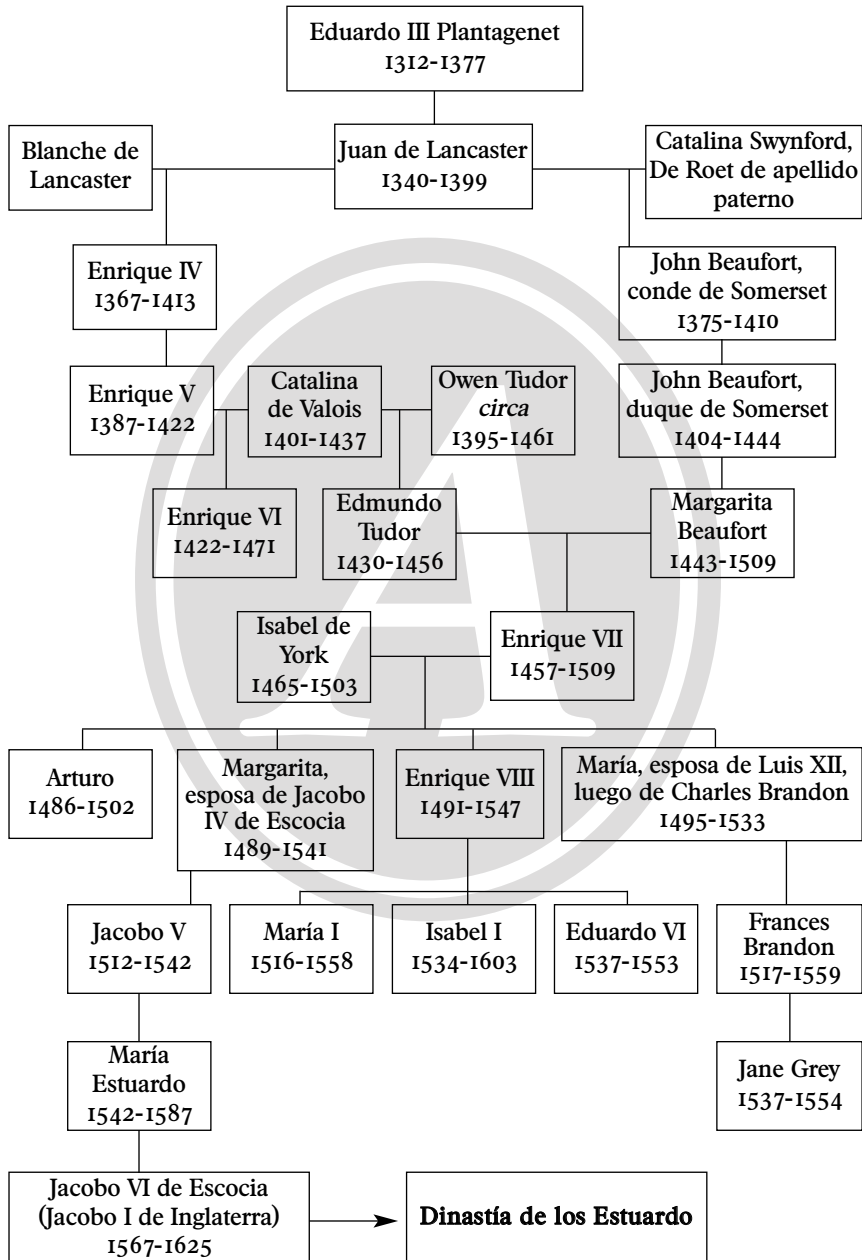
Enrique Tudor, exiliado en Francia hasta 1485, pudo, desde ese país, organizar el asesinato de sus dos rivales, sabiendo al mismo tiempo que las sospechas recaerían inevitablemente sobre el usurpador. Estas sospechas, en efecto, se manifestaron y Ricardo vio apartarse de él a algunos de sus partidarios. Cuando murió su hijo, luego su mujer, los descontentos se volvieron hacia un nuevo pretendiente. Si no exigieron la restauración del joven rey Eduardo V, fue necesariamente porque conocían su suerte. De hecho, la indignación y la tristeza fueron tan grandes que se vio a un cierto número de yorkistas volver su mirada hacia el oscuro Enrique Tudor, último retoño de la rama de los Lancaster.

Enrique Tudor

¿Quién era este Enrique Tudor, conde de Richmond, que aguardaba que llegara su hora en Francia, tras haber pasado parte de su juventud en Bretaña? A juzgar por una genealogía que le otorgaba, a primera vista, pocos derechos sobre la corona, puede pasar por un aventurero beneficiado por el azar y la audacia. Sin embargo, desde su nacimiento en 1457 hasta su aparición como pretendiente, después de la usurpación de Ricardo Gloucester, no había llevado la vida audaz de un aventurero. Tampoco daba muestras de tener el carácter apropiado para ello; parecía más bien destinado a la condición de víctima y no a la de beneficiario de las circunstancias, con suficiente sangre real en sus venas como para atraer sobre sí la desconfianza, pero no la suficiente como para volver aceptable su candidatura al poder supremo.

Tanto por el lado paterno como el materno, tenía reyes por ancestros, sin contar los que se inventó, pero mediante filiaciones mancilladas de bastardía. Su madre Margarita Beaufort (1443-1509) descendía de Juan de Lancaster, alias Juan de Gante (1344-1399), tercer hijo de Eduardo III y padre de Enrique IV. Este Juan de Gante se había casado tres veces. De su primera

Genealogía de los Tudor



mujer, Blanca de Lancaster, fallecida en 1369, madre del futuro rey, había heredado el ducado de Lancaster. Su segunda mujer, Constanza de Castilla, le brindó la ocasión de ir a guerrear a España. También le brindó, involuntariamente sin duda, la ocasión de serle infiel y de agrandar la familia con algunos hijos naturales. Su amante se llamaba Catalina Swynford. Llamada De Roet de soltera, y casada con un burgués de Londres, había venido de Flandes con el cortejo de la reina Filipina de Hautain. Su hermana Filipa de Roet había desposado al poeta Chaucer. De esa unión ilícita provienen los hijos llamados Beaufort, porque el mayor, John, nació en el castillo de Beaufort, cerca de Bar-sur Aube, que por entonces poseía John de Lancaster, entre otros botines de guerra. A la muerte de sus respectivos cónyuges, el duque desposó a su amante. Ricardo II legitimó a los hijos de su tío y dio a Juan Beaufort el título de conde de Somerset. Su sucesor, Enrique IV, para quien los Beaufort eran medio hermanos y medio hermanas, los acogió con estima en la corte, sin dejar de precisar en un documento que, por fuerza de ley, su condición no les confería ningún derecho a la corona.

Muchos de ellos tuvieron funciones importantes. El hermano de Juan, Tomás (1374-1447), obispo de Winchester, cardenal y legado, es conocido entre nosotros por haber celebrado la coronación de Enrique VI en la catedral de Notre-Dame de París. Se ocupó mucho de política. Su ambición tuvo un efecto devastador sobre la cohesión del gobierno y de la familia real. Más tarde el condado de Somerset se transformó en un ducado. Fieles a su primo el rey, los Beaufort combatieron por la Rosa Roja y, en su mayor parte, le sacrificaron sus vidas.

La supervivencia de esta rama colateral de los Lancaster debe todo a Margarita Beaufort, nieta del conde de Somerset, quien a la edad de trece años desposó, en 1456, a Edmundo Tudor, conde de Richmond. De esta unión nació, al año siguiente, Enrique Tudor (luego Enrique VII), gracias a su parentesco con los Lancaster. Se comprende que no haya juzgado prudente

reaccionar contra la prohibición que limitaba los derechos dinásticos de los Beaufort.

La filiación de su padre, Edmundo Tudor, es más sorprendente aún. Descendía de manera imprevista de Catalina de Valois, hija de Carlos VI y de Isabel de Baviera. El Tratado de Troyes había hecho de ella la esposa de Enrique V. La muerte de éste la transformó en una viuda joven que se retiró a Inglaterra, al castillo de Windsor. Se ocupó bastante poco de su hijo Enrique VI y aún menos de los asuntos del doble reino. La vida discreta que llevaba no impidió que el consejo de regencia verificara, hacia 1435, no sin sorpresa, que tenía cinco hijos, además del rey, tres varones y dos hijas. El padre se llamaba Owen Tudor. Venía del país de Gales y pertenecía a una familia honorable pero no verdaderamente noble, que había dado intendentes, pajes, escuderos. Había servido en el ejército bajo Enrique V, pero poseía otros talentos, y había comenzado su carrera junto a la reina Catalina, como secretario y músico. Dado que su concubinato con la reina madre aparecía como un crimen de lesa majestad a los ojos de los tíos y los primos del rey, quienes a ambos márgenes del Canal de la Mancha ejercían un poder desenfrenado y brutal, Owen Tudor fue puesto en prisión. Se defendió afirmando que estaba casado oficialmente con Catalina, quien fue obligada a retirarse a un convento, donde murió en 1437. Jamás se encontró ningún documento relativo a dicho casamiento que bien pudo haber sido celebrado por un sacerdote en la intimidad. Pero esta pretensión marital sólo sirvió para agravar el caso del trovador galés ante los jueces, y seguramente habría padecido un final trágico si el rey Enrique VI no hubiese sido el más bondadoso de los monarcas. Utilizó su tímida autoridad para hacer liberar a su inesperado suegro y lo acogió junto a él.

Owen Tudor se mostró fiel al rey y más tarde combatió al lado de los Lancaster. Capturado en la batalla de Mortimer's Cross, en 1461, fue ejecutado en la plaza pública en Hereford, en el condado del mismo nombre. No se conoce con precisión la

fecha de su nacimiento. Tenía aproximadamente sesenta y cinco años cuando falleció. Enrique VI se mostró igual de generoso con sus hermanastros. El mayor, Edmundo, fue nombrado conde de Richmond y su hermano Jasper, conde de Pembroke. El tercero, Owen, ingresó en las órdenes, al igual que una de las dos hijas.

Edmundo Tudor era, por lo tanto, el producto de un matrimonio clandestino entre una princesa francesa que se había vuelto reina de Inglaterra y un escudero galés. Desposó a Margarita Beaufort, hija del duque de Somerset, y poco tiempo después, él también murió, unos años antes que su padre, víctima de la Guerra de las Dos Rosas y de los yorkistas. De su hijo póstumo, el futuro Enrique VII, nacido en 1457 de una madre de catorce años, se hizo cargo su tío Jasper Tudor, quien no sólo era conde de Pembroke sino que también residía, principalmente, desde la adopción de dicho título, en el castillo del mismo nombre, situado en el país de Gales.

Fue en esta fortaleza lejana y protegida donde se refugió Margarita de Beaufort, condesa de Richmond. Allí también nació y pasó su infancia Enrique Tudor. Esto le permitió recuperar los orígenes de su familia paterna, de los que podría haber quedado desvinculado si las circunstancias hubiesen tomado otro rumbo. La infancia galesa de un príncipe desconocido, y sobre todo, desconocido como príncipe, en parte él mismo de origen galés, constituyó una ventaja que supo explotar en el momento oportuno. Ubicado al sudoeste de Inglaterra, el país de Gales es, junto con Cornualles, lo que queda de la antigua Bretaña. Fue allí donde se refugiaron los celtas expulsados de sus tierras y de sus ciudades por los invasores anglosajones, en los siglos VI y VII, al menos los que habían escapado al exterminio. Allí se hablaba, y aún se habla, una lengua céltica, cercana al bretón y al gaélico irlandés. País montañoso y marítimo, país de músicos, de poetas y de profetas, sus habitantes eran considerados con esa mezcla de temor y condescendencia que los colonizadores sienten por los autóctonos. Aunque unido a la corona inglesa, el territorio de

Gales constituía un “principado” cuya autonomía feudal mantenía características del régimen de jefes, cuya autoridad se basaba en privilegios consuetudinarios. La infancia oscura y protegida de Enrique Tudor en el castillo de Pembroke le otorgó retrospectivamente la apariencia de un príncipe de cuentos de hadas que la Providencia había mantenido en reserva de la realeza para que hiciera su aparición en el peor momento como un salvador anunciado por las profecías. Bardos galeses saludaban la venida de un monarca descendiente de la antigua raza de reyes bretones, y se dice que el mismo Enrique VI había declarado, durante su breve restauración en 1471, que el sobrino que veía por primera vez reinaría un día en Inglaterra.

No obstante, la familia Tudor no era desconocida. Jasper, cuyo hermano y padre habían perecido luchando por la causa de los Lancaster, se exilió en 1461, durante el primer triunfo de Eduardo IV. Su castillo de Pembroke fue confiscado y adjudicado a William Herbert, partidario de la nueva dinastía. Curiosamente, el nuevo conde de Pembroke, antepasado de los Herbert que se distinguieron de diversas maneras bajo Isabel y bajo Jacobo I, tomó en gran estima al joven Enrique Tudor y veló por su educación, prometiéndole además la mano de su hija. En 1471, Jasper volvió del exilio y recuperó Pembroke, pero tras el desastre de Tewkesbury y la muerte de Enrique VI, regresó al exilio, esta vez llevando consigo a su sobrino.

Encontraron asilo en Bretaña, gracias a la hospitalidad del duque François. La solidaridad celta explica tal vez esta actitud generosa de parte de quien fue el último duque de una Bretaña independiente, si bien vasalla del reino de Francia. Jasper y Enrique Tudor pasaron cada vez menos inadvertidos para los York, que estaban en el poder, y Eduardo IV solicitó en varias oportunidades al duque de Bretaña que le entregase a sus huéspedes. François estaba interesado en procurarse la alianza de Inglaterra en caso de necesidad. Luis XI buscaba por todos los medios anexionar a Francia el ducado de Bretaña, luego del de Borgoña y, por

su parte, los ingleses temían tanto más la ampliación del reino continental cuanto que la península armoricana amenazaba directamente a Inglaterra. A fines del siglo xv la marina británica no contaba con los recursos que le permitirían rechazar a la Armada un siglo más tarde, y los ingleses, como buenos descendientes de invasores, vivían en el temor de una invasión procedente del mar.

El duque de Bretaña se mantuvo firme y su lealtad para con los exiliados llegó a tener para él incluso consecuencias fructíferas: Eduardo IV, al constatar que no podía doblegar al duque, le envió subsidios a cambio de la promesa de mantener a los dos galeses cerca de él y bajo su estricta vigilancia. Enrique, que hablaba francés y galés mejor que inglés, no se sentía totalmente exiliado en la corte de Bretaña. De una relación con una joven bretona tuvo un hijo que se llamó Rolando de Verville y que vivió hasta 1527. Los bardos bretones tomaron el lugar de los trovadores galeses, en una lengua muy cercana a la que había hablado en su país natal, y al escucharlos narrar el ciclo de leyendas de la Mesa Redonda comenzaba a soñar con una restauración de la monarquía celta.

Enrique Tudor combinaba la imaginación del soñador con la eficacia de un hombre de acción. Tras la muerte de Eduardo IV en 1483, seguida de la usurpación de Ricardo III, de sus crímenes reales o supuestos, de la muerte de su hijo y de su mujer, de la confusión y la angustia resultantes, el pretendiente comprendió que su hora había llegado. Hizo saber que reivindicaría el trono como descendiente de los Lancaster, pero que para reconciliar finalmente la rosa blanca con la rosa roja solicitaba la mano de Isabel de York, hija de Eduardo IV. Una primera tentativa de desembarco, en conjunción con un levantamiento por parte del duque de Birmingham, antiguo partidario de Ricardo, fracasó. Ricardo amenazó entonces al duque de Bretaña y Enrique Tudor logró huir, disfrazado de sirviente, para unirse a la corte de Francia. Allí fue bien acogido. Podía hacer valer lazos de

sangre con el rey Carlos VIII (Luis XI había muerto en 1483) y la regente Anne de Beaujeu. Tenían a Carlos VI como abuelo en común. Y sobre todo, aunque no creyese demasiado en las probabilidades de éxito del joven pretendiente (contaba con veinticuatro años de edad en 1485 y carecía de experiencia militar), la regente veía en la expedición proyectada un medio de desestabilizar el reino de ultramar. Se constituyó un pequeño ejército de mercenarios, dirigido por guerreros ingleses y galeses, partidarios fieles de los Lancaster o desertores de los York, todo a cargo y cuenta de Carlos VIII.

La batalla de Bosworth

Ricardo III, advertido de los preparativos de invasión, se puso en pie de guerra, con su resolución habitual, y reforzó la vigilancia de los costas del canal de la Mancha, pero el pretendiente procedente de Normandía desembarcó donde menos se lo esperaba, al oeste, en Milford Haven, en el país de Gales, muy cerca de Pembroke. No se trataba solamente de una ardid táctico y una elección estratégicamente justificada, dado que la ensenada de Milford Haven permitía un cómodo desembarco. Al recuperar el contacto con el suelo natal, Enrique Tudor se llenó de coraje y de exaltación. Esperaba engrosar las filas de su ejército con algunos reclutas más comprometidos patrióticamente que los mercenarios franceses, por el hecho de presentarse como un verdadero galés que volvía a unirse con su pueblo en la misma región donde había nacido y prometerles instalar una dinastía celta en el trono de Inglaterra. Efectivamente, se le unieron voluntarios, no tantos como deseaba, pero los suficientes como para dar un poco de cohesión a ese regimiento improvisado. Curiosamente, Ricardo III subestimó la fuerza del sentimiento nacional de los galeses. Contaba con un poderoso jefe consuetudinario, Rhys ap Thomas, para bloquear la ruta al pretendiente, y le dio la orden

de movilizar sus tropas. Eso fue lo que él hizo, pero Jasper Tudor lo convenció fácilmente de ponerse al servicio de su sobrino, galés como él, y de recuperar los lazos de lealtad que los habían unido en la época en que Jasper era un conde de Pembroke popular.

La batalla tuvo lugar cerca de Bosworth, en el Leicestershire, el 22 de agosto de 1485. A pesar del apoyo recibido en el camino, el ejército rebelde era inferior en número, como también en calidad y armamento, al ejército del rey, o más exactamente a los ejércitos del rey: la heterogénea pluralidad del reclutamiento y del mando hace que sea imposible hablar de un verdadero ejército nacional al servicio del rey. Los combatientes estaban más predispuestos a obedecer a sus señores que a su soberano. Además, Ricardo III seguía siendo, a sus ojos, el jefe de una facción más que un verdadero rey. Su condición de usurpador y su reputación de asesino tenían cierto efecto debilitante sobre la moral de las tropas. Sin embargo, la causa principal de la derrota de Ricardo se encuentra en una circunstancia fatal para él y providencial para su rival, una defección que había previsto pero que sin embargo no pudo evitar, la de Thomas Lord Stanley y de su hermano Sir William Stanley. Eran guerreros eficientes que disponían de tropas preparadas para el combate y que hasta ese momento habían servido fielmente a la casa de York y al mismo Ricardo, pero Thomas Stanley tenía por esposa a Margarita Beaufort, la madre del pretendiente que se había vuelto a casar dos veces tras la muerte de Edmundo Tudor. Sospechando que Stanley se inclinaría por su hijastro, Ricardo III tomó como rehén al hijo de su primer matrimonio. Si el padre daba muestras de deslealtad, el hijo sería ejecutado de inmediato.

Stanley simuló obedecer. Llegó a Bosworth, a la cabeza de sus tropas, pero éstas quedaron inmóviles, asistiendo a la batalla como si se tratara de un espectáculo. En un momento decisivo, su hermano William intervino a favor de su sobrino político. Al ver que Ricardo en persona lanzaba una furiosa embestida con-

tra el grupo cerrado que protegía a Enrique Tudor, Sir William Stanley y sus caballeros persiguieron al rey que, encerrado por ambos flancos, fue muerto en el acto. No había tenido tiempo de confirmar la orden de ejecutar al rehén. La batalla había finalizado, la victoria consagraba la legitimidad de Enrique VII. La leyenda cuenta que la corona de Ricardo, caída sobre el fango, fue recogida por un soldado y que de inmediato el pretendiente, considerándose rey, se la colocó toda embarrada y ensangrentada sobre la cabeza.

El reinado de Enrique VII

Enrique VII reinó de 1485 a 1509. Esta época no evoca imágenes muy coloridas en la memoria nacional de los ingleses. Sin embargo, representa un giro esencial en su historia, pues con el advenimiento de los Tudor Inglaterra se incorpora verdaderamente al Renacimiento, se abre al humanismo, se inserta en la política internacional, instaura un tipo de monarquía a la Luis XI, que tiende hacia la centralización y la eficiencia, desarrolla la idea de nación y la encarna en la función real. La evolución se lleva a cabo lentamente, la agitación feudal continúa, produce acontecimientos que parecen fabulosos, dignos de los cuentos y leyendas, o de los guionistas de Hollywood, pero no obstante reales.

Tras ser recibido con toda pompa por los ciudadanos de Londres que, según concuerdan en decir los historiadores, habrían recibido con el mismo júbilo triunfal a Ricardo III si éste hubiese regresado victorioso de Bosworth, Enrique VII se hizo coronar rey; luego, en enero de 1486, desposó a Isabel de York, hija de Eduardo IV, sobrina de su enemigo y hermana mayor de los príncipes desaparecidos. De este modo, tal como había prometido, la rama de los Lancaster, de la que era el último representante, se reconcilió con la de los York, poniendo fin en teoría

a una guerra civil que se prolongaba desde hacía treinta años. Incidentalmente, el casamiento político fue también un casamiento por amor. Enrique VII, con veintiocho años, era alto y de buena prestancia. Isabel era muy rubia, muy bella, alta, como su padre, y los esposos vivieron muy unidos. La armonía política y matrimonial tenía como meta, además, asegurar la legitimidad de los hijos por venir. Dado que la reina era la mayor de las hijas de Eduardo IV, la nueva dinastía no corría el riesgo de ver surgir nuevos herederos del trono.

No habían contado con la imaginación de quienes tejen intrigas y urden conspiraciones, el espíritu atrevido de los aventureros y los recursos que ofrece la complicada y, a menudo, contradictoria jurisprudencia del procedimiento sucesorio. Enrique VII tomó medidas preventivas contra los peligros que lo amenazaban por la naturaleza misma de las cosas. Eduardo IV había tenido dos hermanos, y Jorge, el que había sido asesinado en la Torre, tenía un hijo, Eduardo, conde de Warwick. Como descendiente varón del primer pretendiente de los York, el joven conde de Warwick –tenía apenas diez años en 1485– representaba un peligro potencial y, a partir de su ascenso al trono, Enrique VII, retomando los métodos tiránicos de su predecesor, hizo encerrar al niño en la Torre, sin duda para protegerlo de las malas compañías. La Torre de Londres no era oficialmente una prisión, sino una residencia real, una residencia muy vigilada en este caso, una Bastilla para sospechosos de alto rango. La pertenencia a la familia real bastaba para volver sospechoso a un niño de diez años, cuyo padre y primos habían desaparecido en el mismo lugar.

Un año tras la ascensión de Enrique VII, en el momento en que el período fasto del nuevo monarca llega a su fin, que se manifiestan los inevitables descontentos, que renacen los rencores y las nostalgias, estalla una nueva rebelión. El foco se encuentra en la región de Oxford, allí residen eclesiásticos, gentilhombres y, sobre todo, antiguos partidarios de la casa de York, con los

cuales, por torpeza o provocación, el nuevo rey no ha mostrado toda la indulgencia prometida. Este alzamiento, localizado pero peligroso, que culminó en la batalla de Stoke, en Staffordshire, el 16 de junio de 1487, fue organizado en nombre del conde de Warwick, que había escapado de la Torre. En realidad el verdadero Eduardo se encontraba aún encerrado en Londres. Los rebeldes, conducidos, de hecho, por otro sobrino de Eduardo IV, hijo de su hermana Isabel, Juan de la Pole, conde de Lincoln, habían encontrado un sosia para que representase al supuesto pretendiente, un muchacho joven, hijo de un carpintero de Oxford que se llamaba Lambert Simnel y que había aprendido su rol. Lincoln y sus asociados se habían servido de él –llegaron a coronarlo en Dublín bajo el nombre de Eduardo VI– sin duda con la intención de revelar la superchería una vez asegurada la victoria.

La victoria se les fue de las manos, pero la batalla de Stoke resultó muy dura y provocó millares de muertos. Los yorkistas habían hecho venir irlandeses, partidarios tradicionales de su causa, y mercenarios enviados desde Holanda y Alemania, por su aliada más pertinaz, Margarita de York, hermana de Eduardo IV y viuda de Carlos el Temerario. Por su matrimonio era duquesa de Borgoña y había entrado en la familia de los Habsburgo. Durante la minoría de edad de Felipe el Hermoso, hijo de la difunta María de Borgoña y del emperador Maximiliano, y futuro marido de Juana la Loca y padre de Carlos V, ella reinaba con vigor sobre lo que quedaba del ducado de Borgoña y hasta su muerte, en 1503, se ensañó, sin éxito, contra Enrique VII. El temible guerrero que envió a Inglaterra, Martín Schwarz, fue muerto en la batalla de Stoke, al igual que Lincoln. Un detalle gracioso e inesperado, el simulador Simnel, tras ser capturado, fue indultado y terminó su vida como asador en las cocinas del palacio de Westminster.

Otra conspiración, otra impostura del mismo género, puso en peligro el trono aún incierto de los Tudor durante tanto tiem-

po, que la exasperación resultante se transformó en acritud permanente y en desconfianza institucional. El obsesionante temor a una posible rebelión, que forma parte del edificio ideológico a veces denominado “el mito Tudor”, tiene aspectos positivos e incluso grandiosos, en el sentido de haber desarrollado una suerte de mística de la unidad nacional, cimentada en la veneración de la persona del rey, y de haber colocado a la paz civil, e incluso a la paz en sí misma, en el lugar del bien máspreciado, pero la lógica represiva que de ello deriva apenas distingue algún matiz entre la rebelión abierta y la rebelión potencial, entre la prueba y la sospecha. Es verdad que a veces las situaciones son tan extrañas y confusas que la distinción entre lo real y lo simplemente posible no puede establecerse con facilidad.

Es así como, tras la rebelión de Lambert Simnel, un nuevo impostor, mucho más hábil y obstinado que el precedente, amenazó el trono de Enrique VII. Era un joven flamenco, procedente de Tornai y conocido bajo el nombre de Perkin Warbeck. En principio, pretendiente a pesar suyo, luego comediante manipulado, terminó por tomarse el papel serio e identificarse con aquel cuya persona usurpaba. Esta empresa temeraria parece poco creíble pero sin embargo sembró la duda en no pocos espíritus, incluido el del rey. Las crónicas cuentan que en el momento en que desembarcó de un navío comercial en un puerto irlandés, en 1491, Perkin Warbeck, de diecisiete años de edad, simple agente de mercancías, llamó la atención de un grupo de personas por su semejanza con Ricardo de York, hermano de Eduardo V. Tomada literalmente, esta anécdota no tiene nada de verosímil, pues en una época en que no era frecuente que los retratos de las personas oficiales circularan públicamente, ¿quién podía pretender reconocer en un adolescente llegado de Flandes al príncipe desaparecido ocho años antes, a la edad de doce años, en las tinieblas de la Torre? Además, la edad de Warbeck no correspondía con la que habría tenido Ricardo de York. Por lo tanto, una vez más, los yorkistas pusieron al frente a un falso pretendiente,

manipulado por ellos y sostenido por la duquesa de Borgoña, quien decía reconocer a su sobrino, milagrosamente evadido de la Torre, y luego refugiado en Flandes. Perkin Warbeck resultó ser un aventurero inteligente, audaz, perseverante, quien, sin llegar a creer en su propia impostura, supo comportarse como un verdadero jefe militar y un rey legítimo, haciéndose llamar Ricardo IV, y recibir como tal en varias cortes de Europa.

Al igual que durante la Guerra de las Dos Rosas, los beligerantes no practicaban la guerra total ni la guerrilla. Los rebeldes yorkistas o seudoyorkistas no aplicaban el método revolucionario del pez en el agua; su subversión tenía por objetivo un cambio de dinastía, no un cambio de régimen, ni mucho menos un cambio de sociedad. Los ejércitos de Warbeck, constituidos por mercenarios, aventureros y voluntarios convencidos, buscaban alcanzar a su enemigo en la cabeza. Las batallas se desarrollaban, si no en un campo cerrado, al menos sobre un terreno apropiado, según un ritual casi deportivo, pero un deporte en el que están permitidos todos los golpes, en el que no se prohíbe que el propio equipo cuente con más participantes que el adversario, ni esquivar el combate, lo que el astuto Warbeck no se privó de hacer en varias oportunidades.

Tras numerosas peripecias, éste terminó en el cadalso, en 1499, arrastrando en su tragedia al desafortunado Eduardo, conde de Warwick, acusado de haber participado, desde su prisión, en la última de las conspiraciones. Entre los cómplices juzgados y ejecutados a partir de las pruebas o los testimonios extremadamente escasos, se encontraba William Stanley, el mismo que le había salvado la vida y la apuesta al pretendiente Tudor en Bosworth. La maquinaria para eliminar traidores o supuestos traidores, dentro del respeto por las formas de la legalidad, ya había sido montada. Ésta ponía en acción una conjunción perfecta de los tres poderes: ejecutivo, legislativo y judicial. El Parlamento, cámara representativa, aunque no democrática, que sólo sesionaba por orden del rey, decidía, en primer lugar, privar al

acusado de sus títulos y de sus derechos cívicos, por medio de un procedimiento denominado *attainder*. Esta palabra proviene del francés *atteindre*, que en su acepción originaria del latín *attingere* implica la idea de golpear, atacar, alcanzar o apuntar a algo o alguien. Curiosamente el término era interpretado durante el reinado de los Tudor como relacionado con el verbo francés *teindre* (*teñir, colorear*), que contenía la idea de mancha, tacha, mácula, de modo que la metáfora que asimila el crimen de alta traición a un estigma infecto y peligroso se integraba en el vocabulario y en el pensamiento jurídico, haciendo del ostracismo una medida de salubridad pública. Naturalmente la iniciativa provenía del rey, pero como la decisión era tomada por el Parlamento constituido en Corte Suprema, ofrecía todas las garantías de la legalidad, sobre todo si el *bill of attainder*, el acto de proscripción, excluía de sus filas a uno de sus propios miembros de la Cámara de los Lores o de la Cámara de los Comunes. A continuación, el acusado comparecía ante un tribunal *ad hoc*. Privado de todas sus inmunidades, de sus títulos, e incluso de sus bienes, sometido a una jurisprudencia implacable y a la razón de Estado, tenía pocas probabilidades de escapar a la pena de muerte, acompañada a veces de espantosas mutilaciones.

Enrique VII no sólo debió enfrentar conspiraciones y rebeliones de origen político-dinástico. También hubo especies de revueltas campesinas organizadas que, sin alcanzar la amplitud de la Gran Revolución Campesina de 1381 o la revuelta popular dirigida por Jack Cade en 1450 –ya con el apoyo de los yorkistas–, congregaron a muchos hombres resueltos y armados. Las hubo en el norte, donde un miembro de la poderosa familia de los Percy fue asesinado por campesinos, y en Cornualles, donde un levantamiento bastante importante como para formar una horda de disconformes llegó a amenazar Londres y al rey en 1497. Los rebeldes no atacaban directamente al rey sino a sus tesoreros y a quienes percibían localmente los impuestos, acu-

sándolos de extorsión y de concusión. Enrique VII no era del todo ajeno a estas prácticas. No se contentaba con dar órdenes para luego cerrar los ojos sobre el modo en que éstas eran aplicadas. Era conocido por su rapacidad fiscal y, fenómeno muy novedoso, era su propio ministro de Finanzas, aunque sin portar título de tal. Él mismo llevaba las cuentas, verificaba todo e inventaba nuevos medios para procurar dinero al Estado, lo que asombraba y afligía a sus contemporáneos.

Esta reputación lo siguió a lo largo de los siglos. Chateaubriand, por ejemplo, en sus *Memorias de ultratumba* (libro 8, capítulo 5) en ocasión de una anécdota de albergue, recuerda con diversión las prácticas contables de Enrique VII:

Para pasar el tiempo, solicitaba la cuenta de mis gastos; me ponía a calcular los pollos que había comido: uno más grande que yo no ha desdeñado esta ocupación. Enrique Tudor, séptimo de ese nombre, en quien culminaron los disturbios de la Rosa Blanca y la Rosa Roja, como yo voy a unir la escarapela blanca a la escarapela tricolor, Enrique VII ha rubricado una a una las páginas de un libro de cuentas que he visto: “a una mujer por tres manzanas, 12 peniques; por haber descubierto tres liebres, 6 chelines 8 peniques; a maese Bernardo, el poeta ciego, 100 chelines (era mejor que Homero); a un hombrecito, *little man*, en Shaftesbury, 20 chelines”.²

Se trataba, indudablemente, de un rasgo de carácter, sumado a la vez a una voluntad política de asentar la realeza sobre finanzas sólidas. Había podido comprobar que el poder de la monarquía francesa bajo Luis XI se debía a la eficacia técnica del gobierno. Tradicionalmente, la corona extraía sus recursos de los impuestos aduaneros, las multas, las confiscaciones y los ingresos propios del dominio real. Enrique VII inventó un sistema de dones forzados y de multas anticipadas. Obligaba a los grandes propietarios a firmarle reconocimientos de deuda en garantía por su buena conducta, amenazándolos con hacer saldar las

sumas en cuestión, en cuanto dieran señales de deslealtad. Otro método, aún más original, consistía en gravar no sólo los signos exteriores de riqueza, sino también los signos exteriores de pobreza. Si los súbditos de cierta importancia, nobles o burgueses, exhibían su lujo, se presumía que tenían con qué pagar impuestos excepcionales. Si, por el contrario, vivían modestamente, se suponía que poseían ahorros que estaban en condiciones de poner a disposición del Estado. Anticipando el “*croc a phynances*” del Padre Ubu,³ la burla popular denominó este sistema “la horca a dos puntas”.

Enrique VII se esforzó, asimismo, durante todo su reinado, por reducir el poder y la independencia de la nobleza, y de reforzar “la nueva monarquía”. Hacía falta cierta destreza, a veces también cierta brutalidad, para hacer cumplir la ley, ya promulgada bajo Eduardo IV, que prohibía a los propietarios de tierras mantener a su servicio tropas armadas, sin por eso romper con la tradición que hacía de la estructura señorial un terreno de entrenamiento militar y de reclutamiento.

El objetivo era, por supuesto, afirmar el poder y la independencia de la monarquía debilitando los otros poderes constituidos, sobre todo feudales, pues no hay en Enrique VII ninguna hostilidad hacia la Iglesia ni hacia los derechos adquiridos por las comunidades ciudadanas. Sería anacrónico e inexacto describir a Enrique VII como un rey burgués, pero ya ilustra la profunda alianza entre la corona y el tercer estado que, según el historiador G. R. Elton, caracteriza toda la historia de los Tudor. Y no fue para manifestar una voluntad de poder inherente a su carácter que el fundador de esta dinastía se esforzó por reforzar la prerrogativa real, sino por una preocupación de eficacia política.

El hombre en sí mismo era modesto y vivía con sencillez. Muy piadoso, pero no supersticioso, asistía todos los días a los oficios religiosos, rezaba sus oraciones; a pesar de su reputación de avaricia, se mostraba generoso en sus donaciones de caridad. No vivía como un ermitaño, amaba la caza, el boato, daba ban-

quetes y mantenía una corte costosa. Este aparente despilfarro respondía también a una necesidad política. No hay realeza sin prestigio y la organización de cierta pompa contribuye a realzar dicho prestigio, tanto a los ojos del pueblo como de los visitantes extranjeros. Bajo los Tudor los maestros de ceremonia de la corte comenzaron a desempeñar una función importante y a reglar el ritual suntuoso y tedioso que aún hoy caracteriza a la monarquía inglesa. Detrás de este fasto, actuaba el gobierno, aun cuando no llevase todavía el nombre de Gobierno, sino de Consejo. El mismo rey lo frecuentaba, y reunía a su alrededor, no a los príncipes de sangre azul –ya no quedaban–, ni a los pares del reino, sino a eclesiásticos, a juristas, a técnicos en suma, a veces de origen plebeyo o de la baja nobleza, totalmente fieles a él. Particularmente por esto, y por el interés cotidiano que ponía en la conducción de los asuntos incluso más subalternos, Enrique VII ingresa en la era moderna.

Por temperamento y por doctrina era un hombre de paz, y su obsesión económica no hacía más que reforzar su pacifismo. No obstante, le era necesario mantener soldados y lanzar expediciones contra los rebeldes y contra los escoceses, siempre al acecho de la más mínima oportunidad para cruzar la frontera con el fin de debilitar a sus vecinos y de llevar a cabo saqueos contra los condados del norte. Aunque estas acciones daban lugar a verdaderas batallas, no eran guerras en el estricto sentido de la palabra; simplemente había que defenderse de los enemigos internos y de las incursiones escocesas.

Pero en 1492, Enrique VII se permitió el lujo de llevar a cabo una expedición contra Francia. Durante varios años había hecho saber, en el lenguaje convenido de la diplomacia, que sentía por dicho país una ferviente gratitud. Era lo menos que podía hacer, dado que Carlos III y Ana de Beaujeu le habían brindado asilo y provisto los medios para conquistar su reino. Sin embargo, siempre en el lenguaje del sentimentalismo oficial, lamentaba la suerte impuesta al duque de Bretaña, cuya incorporación a Francia

se asemejaba a una anexión, mientras que el casamiento de Ana de Bretaña y de Carlos VIII, preludio y pretexto de la anexión, tenía todas las características de un rapto. Enrique VII, amigo de Francia, era a la vez amigo de Bretaña, casi su segunda patria, de modo que el dilema que le planteaba esta situación lo apenaba y lo dejaba en un aprieto. De hecho, temía, como el resto de las potencias europeas, el fortalecimiento del reino de Francia y su instalación definitiva sobre las costas de Bretaña.

En un primer momento, dio la autorización para que una especie de cuerpos expedicionarios fuesen, a título privado y sin declaración de guerra alguna, a brindar apoyo al duque François contra las tropas de Carlos VIII, que venían a solicitarle su hija en matrimonio de una manera muy imperiosa. La operación fracasó y tras la muerte del duque de Bretaña, en 1485, Enrique VII decidió intervenir de un modo más estratégico. Comenzó entablando una alianza con los reyes conjuntos de España y el emperador Maximiliano. Pero Fernando se dedicó a invadir el Rosellón, dejando a sus aliados la defensa de Bretaña, mientras que Maximiliano utilizó las tropas inglesas, asentadas en Calais, para aplastar una revuelta en Flandes, tras lo cual se retiró del tratado y firmó otro por su cuenta con Francia.

Enrique VII decidió actuar solo. A pesar de la derrota sellada en 1453 por la batalla de Castillon, los reyes de Inglaterra seguían adjudicándose el título de reyes de Francia, y cualquier incursión militar en el territorio francés estaba justificada para ellos por el concepto que tenían del derecho hereditario. Conservando Calais –puerto, plaza fuerte y cabeza de puente– podían, a partir de esta base, lanzar ataques e ir ganando terreno, o replegarse a un refugio seguro, en caso de contraataque. Enrique atravesó el Paso de Calais al frente de veinticinco mil hombres, avanzó hacia Boulogne y la sitió. No tenía intenciones de recomenzar la Guerra de los Cien Años, ni de conquistar toda Francia. Tampoco buscaba liberar Bretaña. Se habría contentado con una conquista limitada. Por su parte, Carlos VIII estaba ocupado guerreando en

Italia y tampoco contaba con los medios para rechazar la invasión. Transigieron. A cambio de un fuerte rescate, las tropas inglesas levantaron el sitio de Boulogne y volvieron a su país. Por lo tanto, Enrique VII había obtenido un beneficio financiero de la operación y al mismo tiempo demostrado que había que contar con el poderío militar de Albión. En ese sentido la defección de los aliados había tenido un efecto positivo para su prestigio. Hubo en la isla belicistas que protestaron contra lo que les parecía una retirada prematura. Por su parte, el rey estaba satisfecho. Había probado que era capaz de hacer la guerra y, detalle aún más importante para él, había ganado dinero. Nada valía más a sus ojos que tener un presupuesto excedente, y dejar a su sucesor una tesorería repleta. El sucesor en cuestión debía ilustrar aquel proverbio que opone el hijo pródigo al padre avaro.

